

ESCRITO  
EN EL RÍO



Manuel  
Garrido  
Palacios

## “Oigo ruiseñores, pero no los veo”. Todo se hizo oscuro de pronto

Entre las notas que Antonio José Martínez Navarro trae en su libro sobre Primitivo Lázaro está la que dice que “ya habló en el vientre de su madre; algo que, según la creencia popular, otorga ciertos poderes a la criatura”. Lo seguro es que el Don que conservó y prodigó durante toda su vida fue el de la música.

Conmueve la labor callada de Martínez Navarro: miles de datos y fichas en un tiempo sin medida componen su obra. De ella han bebido otras plumas, se han nutrido otras páginas (con o sin citas a la fuente, que de todo hay) y se han sacado tristes refritos: pasto de papeleras. Él desea un día con más horas para dedicarlas a la noble tarea de poner palabras donde podía habitar el olvido. Esta vez ha trazado la biografía de Primitivo Lázaro, músico nacido en Fuentemolinos, ribera del Duero, y renacido en Huelva, puerta del Odiel y del Tinto, marco en el que talló su vasta producción musical para dejar un extenso catálogo de hermosas obras.

En Fuentemolinos hay lagares y bodegas. El agua, como en tantos pueblos, nace en la entraña de la roca, corre por una lieva natural, se viste de arroyo, sirve a un lavadero y se relaja en los bancales de la vega. Un viejo letrado avisa: “Se prohíbe jugar a la pelota y

hacer aguas bajo multa de una peseta”.

He ahí la cuna del compositor Primitivo Lázaro, al que Martínez Navarro perfila en su libro a través de capítulos que hablan de su niñez y mocedad, de la transición, de sus contactos con Huelva, de su boda, de la familia, de las amistades, del descubrimiento de la música, de su arraigo definitivo, de su etapa más fecunda, de los conciertos y de sus últimos años junto al mar de Punta Umbría. También describe la importancia de Maruja Carrasco en su vida, el homenaje a la memoria de Luis Braille, el triunfo de la zarzuela ‘Cuando se ponga el sol’, la universalidad de su obra, la creación del Premio Internacional de Piano con su nombre y un listado de obras de la Fundación Juan March. El biógrafo relata que el niño Primitivo da sus primeros pasos entre los colores del campo, el olor a membrillo, a vendimia, el sonido de la chicharra, que, en palabras de Juan Ramón: “sierra un pino al que nunca se llega”; el deambular de los cazadores tras las bandadas de pájaros,



Biografía del insigne  
compositor Primitivo Lázaro



Antonio José Martínez Navarro

sumemos cuentos, leyendas y la clara voz de su madre, que lo arrullaba con romanzas de zarzuelas.

A los tres años, el sarampión le daña los ojos para siempre. Los remedios conocidos no le valen. La vista se le va poco a poco hasta que un día dice: “Oigo ruiseñores, pero no los veo. ¿Por qué todo es oscuro de pronto?”

El oído y el tacto pasan a ser sus herramientas más preciadas en el futuro. Siente como si los árboles tuvieran voz propia. Al regresar de Fuentecén a Fuentemolinos repara: “Ya llegamos al nogal de la tía Benita”. De este gran sentido de la orientación se hace eco en un artículo el escritor germano Guilmain, y

Valentín Madrigal añade: “Primitivo era un personaje legendario, admirado por su inteligencia, su caminar seguro, su nombrar a cada vecino sólo con sentirlo cruzarse con él, su certeza al tenderle la mano en el saludo, su saberse dentro del paisaje: “¡Cuántas horas pasé estudiando a la sombra de ese nogal!”, decía a menudo.

Doña Felisa fue maestra en Fuentemolinos tras haberlo sido en un colegio para ciegos en Buenos Aires. Ella lo encaminó a leer y a escribir por el método Braille. En palabras del músico: “Desde niño mostré una profunda admiración por la música, heredada de mi madre, que cantaba muy bien. El placer de los placeres era dar en la iglesia los toques de campana para anunciar el Ángelus o la Misa en los festivales. Luego disponía las campanillas de los caballos y mulos agrupadas de mayor a menor, atadas cada una a la punta de un palo colgado de una viga de la cocina. Al bascular ésta bajo la presión de mi mano, las campanillas se movían y me extasiaban sus timbres. Un día presencié el párroco el manejo de mi singular piano y dijo a mi madre: Dios ha dado a tu hijo el soplo divino de la Música; podrá ser un gran artista si lo lleváis a estudiar a Madrid”.

Hombre de hondos intereses, hoy tendría ciento un años. Valga una última delicadeza, que tanto mide al músico como al biógrafo por reseñarla: En Huelva quiso Primitivo plantar lilas en su jardín, pero la planta no le arraigó. Sí lo hizo su música.



“El placer de los placeres era dar en la iglesia los toques de campana”